

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

LA MUJER DEVOTA

EN CASA

—Pero maldita de cocer... ¡Dios me perdone! Me quieres dar ese chocolate? ¡No ves que son las nueve y media...! ¡Ay qué criadas! ¡Si está visto! si no tiene una más que motivos para rabiar y maldecir á estas condenadas del infierno. ¡Dios me perdone! A las diez comienzan los oficios y vas hacer que llegue tarde por tu causa... Anda, muévete, mujer, que parece la mula del tío Lucas, que de puro sosa dejó que las moscas se le comieran el rabo... ¡Dios me perdone! Y á ver cómo le pones el agua al señorito para afeitarse y cómo no te olvidas de dar el desayuno á los niños... ¡Ah! Y ya sabes cómo has de poner las espinacas, porque á ti, en sacándote de tus guisotes de taberna, no sirves para nada. Si los niños lloran, los sacas á dar una vuelta por la calle y les compras unas palmitas con romero... ¡Ah! Y procura que Antoñito no se coma la suya, porque es como su padre: todo lo verde se le figura escarola y luego coge aquellas indigestiones... Pero... ¡Oyes lo que te digo, ó estás pensando en las musarañas? ¡Ea! Ya sabes lo que has de hacer y que no falte nada; y si viene la lavandera con el talego, que lo deje, y si viene el aguador, se todas... digo, ¡Dios me perdone! ¡Ay qué criadas! Tiene una que estar en todo! ¡Dios me perdone!

EN LA IGLESIA

—Adiós, hijita... Hoy me ha cogido usted la delantera. Ya se ve: como yo antes de salir de casa tengo que dejar las cosas arregladas. Porque donde hay niños... La de Chacoli no ha venido, ¿eh? Pero ¿es verdad que se casa otra vez? ¡Qué cosas, hija, qué cosas! ¡Y aún no hace un mes que me decía que si no fuera por su familia, se hubiera metido en las Trinitarias! Mire usted, mire usted aquella que está junto al altar de la Virgen. ¡Qué pintada viene! ¡Verdad! Desengáñese usted, aquellos ojos no son naturales... ¡Y qué desca-rada parece! ¡Ha visto usted cómo se ha quedado mirándonos! Á estas que vienen al templo á lucirse no las puedo ver. Se figuran que están en el teatro. ¡Dios me perdone! Pues ¡y las que vienen á murmurar...! ¡Calle usted por Dios! Pero ya salen los sacerdotes... «En el nombre del Padre, del Hijo...» Mire usted, ya ha entrado la de Chacoli con el otro... «y del Espíritu Santo, amén...» ¡Es de cretona el vestido!... «no nos dejes caer en la tentación...» Pues él parece un pájaro frito... «¡Dios te salve, Reina y Madre...»

EN LA SACRISTÍA

—Conque á las cinco ¿eh? ¡Mil gracias, ¡Y predica don Pablo! Me alegro. ¡Está ya mejor! ¡Ay! Dias pasados tenía una tos, que el pobre se reventaba, materialmente. Algún aire, de seguro. Como él se pone á confesar cerca de la puerta y va siempre tan ligero de ropa... porque no gasta más que una camisa en todo tiempo; y esas valentías cuestan caras... Quede usted con Dios, don Bonifacio... A mi casita, sí, señor, á ver cómo anda aquello, porque desde esta mañana no he vuelto, y donde hay niños, ya sabe usted... El mayorcito tiene ya cuatro años; ¡Pero están tan acostumbrados con la muchacha! Si no fuera por eso, ¿cómo quiere usted que viniese todos los días aquí... Vaya, don Bonifacio, hasta la tarde, si Dios quiere...

EN LA CALLE

—Adiós, Mercedes... Pues, hija, vengo de San Sebastián... Muy bien; han estado muy bien los oficios. Como don Bonifacio tiene aquella voz y aquella figura, parecía talmente un redentor. Ahora me iba á casa, porque he dejado á aquél en la cama, y como las criadas son de lo que no hay, si él pidió el agua para afeitarse y se la dió fría, habrá armado un belén que ya... ¡Dios me perdone! Pero te digo que estoy de matrimonio hasta aquí. ¡Qué hombres, hija mía, qué hombres! Para conseguir que cumpliera este año con el precepto, tuve que amenazarle con la separación. Ya ves tú la vida que hago: de mi casita á la iglesia, y pare usted de contar. Pues sin embargo, me come la figura, porque dice que hay desorden en nuestra casa, y que todo anda manga por hombro. ¡Como si no fuera mucho peor que á mí me hubiese dado por andar de teatro todas las noches, ó me echase un amante!... ¡Dios me perdone! ¡Ay! ¡Si cuanto mejor es una para ellos, menos se lo agradecen! Y tú, ¿dónde vas? Pues te

acompañaré un ratito; y no creas, estoy con el chocolate; pero, por no oír regañar á mi marido, me pasaré el santo día de Dios fuera de casa. ¡Qué hombres, hija, qué hombres! ¡Dios me perdone!

EN CASA

—Anda, mujer, quitame la mantilla, que no lo he de hacer yo todo. ¡No ves lo sofocada que vengo! Anda, trae el almuerzo y avisa al señorito. ¡Qué! ¡Ha almorzado ya! Bueno. ¡Y los niños también! Corriente. ¡Conque los ha llevado al al Retiro? Bien hecho; así podré ir á buscar á doña Dolores, para que me acompañe al sermón. No te estés ahí parada, que parece la estatua de la herejía. ¡Dios me perdone! Anda de prisa, mujer, que son las tres y media. ¡Ay, qué calma la tuya!... ¡Pero estas son espinacas! ¡Si saben á tafetán inglés! ¡Con qué has guisado esto! Está visto que no puedo dejar la casa un solo momento. Traeme otra cosa pronto. ¡Yo que me muero por la comida de vigilia, y no puedo conseguir que esta mujer sepa hacer un potaje como Dios manda!... ¡Qué es eso! ¡Merluza? ¡Parece algodón en rama! ¡Y sacrífiquese usted para esto! y pase usted la vida hecha una esclava, en su casa, para no poder comer siquiera! Me voy por no tirarte un plato... Y á ver cómo lo tienes arreglado todo, y cómo acuestas á los niños, y cómo das de comer al señorito, y cómo haces bien las camas; porque son las cuatro de la tarde y aún no las has puesto mano. Y cuida de la casa, y no te pongas al balcón á darte aire, que no parece sino que has nacido para princesa. ¡Holgazana! ¡Más que holgazana! Y si tardo, me guardas la comida, y cuidado conmigo, que yo me voy al sermón, y no quiero quebraderos de cabeza. ¡Has oído? ¡Qué criadas! ¡Qué cruz tengo yo con estas criadas!... ¡Dios me perdone!

LUIS TABOADA

LA LUCHA

Pasaban, pasaban silenciosos, cabizbajos, ensimismados, taciturnos, con marcha y monotonía de rebaño. Ni un fruncimiento en las cejas, ni un destello en los ojos, ni una sonrisa en los labios. Más que muchedumbre de personas, semejaba aquello una procesión de fantasmas.

Me acerqué á un espectador, y le pregunté:

—¿Qué hace toda esa gente? ¿Adónde va? ¿Que rito fúnebre celebra?

—Pasean —me contestó lacónicamente.— ¡Como no tienen nada que hacer!

—¿Por qué no trabajan?

Miróme mi interlocutor con asombro.

—Trabajar —dijo.— ¡Usted de dónde sale? Ya no se trabaja en el mundo. Son las máquinas las que trabajan por el hombre. Ni aun dirigir las es preciso. El viento, el sol, las mareas, han substituido al músculo en la labor de la producción. La afinidad y las fuerzas moleculares son nuestros obreros. Las energías naturales nos proveen de todo en abundancia. ¡La humanidad es rica!

—¿Por qué, pues, no consagran su esfuerzo á indagar la verdad, á desentrañar el hondo misterio de las cosas?

—El misterio se ha desvanecido. Edipo ha descifrado el enigma de la Esfinge, Isis ha descubierto el velo. Ni la tierra ni los cielos, ni el pasado ni el porvenir, ni el espacio ni el tiempo; guardan secretos para el hombre. Todo lo conocido es conocido. La ciencia ha dicho su última palabra. ¡La humanidad es sabia!

—Queda la obra del bien, el ennoblecimiento del espíritu, la purificación de las costumbres, la gran conquista del derecho.

—La justicia reina entre los hombres. La más severa moral rige la conducta. Cada varón es un Aristides, cada hembra una Lucrecia. Las instituciones son perfectas los ciudadanos intachables. Las pasiones han muerto. ¡La humanidad es sabia!

—Siendo así, sólo resta embellecer la vida y encantarla con las inspiraciones del arte.

—La belleza está agotada. La forma, el sonido, el ritmo la idea no ofrecen ya al artista combinaciones nuevas. Todo está dicho, todo está creado, todo está sentido. El genio ha dado todos sus frutos. La más potente originalidad no podría engendrar más que copias. El sentimiento estético ha consumido todas sus modalidades y recorrido la gama entera de las sensaciones.

—¿Entonces seréis dichosos?

—Muy dichosos —contestó mi hombre bostezando terriblemente.

Gran tumulto estalló de improviso. Como el torbellino en el aire tranquilo, como la tromba en el mar en calma así surgió del seno de aquella multitud adormecida un grupo de hombres frenéticos, delirantes, roja la faz, crispados los puños, llameantes los ojos, agitando en convulsiones epilépticas y lanzando roncós aullidos:

—¡Abajo la riqueza! —gritaban.— ¡Abajo la ciencia! ¡Muera la verdad! ¡Muera la justicia! ¡Muera la virtud! ¡Viva la miseria! ¡Viva la ignorancia! ¡Viva la guerra! ¡Vivan las pasiones! ¡Viva el crimen!

—¿Son locos? —pregunté.

—Locos, no; es que se aburren.

—Se aburren! Eran ricos, eran sabios, eran santos; la realidad no tenía para ellos arcanos, la vida no tenía para ellos pesares; eran felices, bienaventurados, omniscientes, omnipotentes como dioses. ¡Pero se aburren!

—¿Singular destino! —pensé.— ¡Singular destino el del hombre! ¡Buscar el bien y hallar el fastidio! ¡Oscilar perpetuamente entre el dolor y el hastío! ¡Apurar hasta el fondo de la copa de la vida y encontrar el tedio en las heces! ¡Quién podría explicarme el por qué de tanto afán? ¡Cuál es la finalidad verdadera, la finalidad real de esa lucha ruda, encarnizada, incesante, que á cada paso se disfraza con un nombre nuevo: lucha por la existencia, lucha por el placer, lucha por la fortuna, lucha por el derecho, lucha por la belleza, lucha por la verdad?

Y una voz sonó en los aires, que dijo:

—¡La lucha!

ALFREDO CALDERON

El Templo en ruinas.

I

Como una inmensa y pálida osamenta de religiones muertas, por los campos, se ofrecen á los ojos del viajero las ruinas de los templos. —Uno he visto completamente sólo; su atrevida cúpula derribada, parecía la cabeza de un mártir, que un tirano hizo saltar de los tumbidos hombros; yacían sus columnas por el suelo hundidas en el barro; las imágenes, en actitudes trágicas, rodaban entre las negras piedras, sugiriendo la sospecha espantosa de un combate en el que sucumbieron impotentes. Hasta en las grandes lápidas, que cubren las tumbas de los nobles fundadores, las estatuas yacentes parecían víctimas del combate y apretaban con marmórea constancia, sobre el pecho, las espadas de piedra.

II

El medio día.

rico de luz, deja caer á chorros su bautismo de vida sobre el frío cadáver de las ruinas: todo hierve en derredor por la llanura; humean, recién abiertas, los calientes surcos; cabecean los pinos lentamente en la falda del monte; los arroyos sobre los musgos resbalando, bullen como la sangre de un guerrero joven; la Tierra vive y los pastores buscan un pedazo de sombra en que tenderse, mientras hacen la siesta y los rebaños reciben sobre el cuerpo palpitante la caricia del Sol.

III

Entonces viven las ruinas del Templo: —los corderos de vellón abundante, las fecundas vacas de frente pensativa, el vario tropel de airoas cabras; los mastines, van entrando en las ruinas poco á poco — al principio miedosos, olfatean, presintiendo un misterio en aquel sitio; no se atreven á entrar, y largo rato mantienen recelosos en el aire la pata levantada. — Se diría que miran al vencido con respeto ó que, antes de invadirlo, consideran la grandeza del sitio que hoy ocupan

en nombre de la Vida. Luego llenan, levantando un rumor que cruje, en torno de los santos caídos, los rincones del Templo abandonado; alegremente balan al Sol, junto á las viejas tumbas, los cabritillos jóvenes; los bueyes, promesa de abundancia, se han tendido en lo interior de las capillas quietas; sobre un altar, contra el que ardientemente el Sol derrama su abundante lluvia, duerme una vaca enorme, la más grande con que cuenta el rebaño, cuyo seno triunfante abulta la preñez y todos desde el suelo parecen adorarla. — De columna en columna activamente las tripudas arañas van tendiendo su delicada tela; se oye el grave zumbido de las moscas entre el polvo; del fondo de la tierra brota el ruido con que trabajan los ocultos gérmenes; y hasta el pastor robusto, de rojizos carrillos sudorosos, dormitando á sombras de un pilar, abre la boca y extiende los dos brazos por el suelo en un largo abandono, que revela nostalgias de la esposa.

Y de este modo el gran torrente de la vida invade las ruinas del Templo.

IV

... Pero viendo los viejos fundadores que profanan su lugar de reposo, por las noches las rígidas espaldas enderezan y ahuyentan al pastor y á los rebaños, agitando sus manos en la sombra. — Repiten luego sobre el ara antigua su plegaria de siempre; quemar restos del incienso hace tiempo consumido; se dan, con un rumor de cañas huecas, golpes de compunción sobre los huesos y, estando todos muertos, aunque nunca conteste el Universo á sus plegarias, no les parecen mal ni el templo mudo, ni el techo roto, ni el altar vacío.

E. MARQUINA

PROBLEMA RESUELTO

España carece de marina porque le da la gana. Apele al patriotismo de una clase que nunca lo ha usado, y por lo mismo debe tener de él gran repuesto, y en diez años reunirá las mejores escuadras del mundo.

Esta clase puede, sin grandes sacrificios, desprenderse de la cantidad necesaria para tal objeto, como lo hace para otros, sin sufrir escasez ninguna. Ya se habrá comprendido que aludo al clero.

Con renunciar á la asignación del Estado é invertir en buques el dinero que se gasta en las iglesias en velas é incienso, es decir, en humo, cada diez años, bastaba y sobraba.

Y para probar que no son cuentas galanas las mías, apelaré al contundente argumento de los números.

En un artículo coleccionado en mi libro *La Piqueta*, demostré que en diez años se gastaban en humo en los templos de España 1.460 millones de reales. Los presupuestos del Estado dicen que el clero cobra al año próximamente 180 millones de reales, cantidad que en igual período se eleva á 1.800.

Mil ochocientos millones del Estado, unidos á los 1.460 del humo, suman *tres mil doscientos sesenta millones*; y con *tres mil doscientos sesenta millones*, no les digo á ustedes la marina que pudiéramos reunir.

¿Y de qué van á vivir los curas en ese tiempo, exclamará algún alma timorata. De los donativos de los fieles, como vivieron, y divinamente, los años que la revolución tomó el buen acuerdo de no pagarles, y, además, de los derechos de entierros, bodas, bautizos, misas y responsos, amén de otras entradas que les proporcionase el purgatorio.

Y no se crea que eso es tan poco. Supongamos que á cada español, uno con otro, no le cuesten los servicios que le presten los curas más que veinte reales anuales. Pues bien; siendo, como somos, diez y siete millones los habitantes de España, importan esos servicios diez y siete mi-

DON QUIJOTE

TERMINACIÓN DE LA VEDA

EN LA CUEVA DE COVADONGA

LIBRERIA MUNICIPAL MADRID



Don Segis.—Digan lo que digan es una verdad eso del movimiento carlista. ¡Cielos! Y se oyen ruidos sospechosos.



Don Pelayo.—¡Se impone otra nueva reconquista!



¡Redios, que abundante se presenta la caza este año!



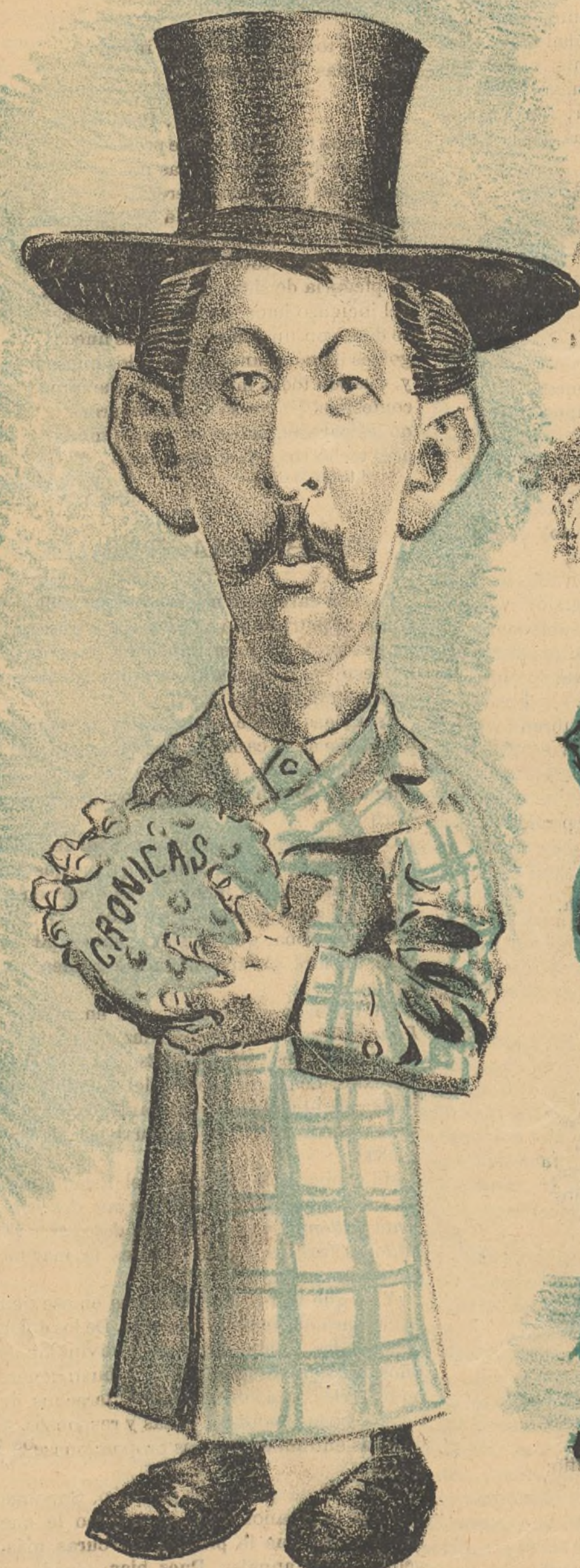
Hombre ¿saben ustedes que se ha hecho de Canalejas?

LO QUE NOS VIENE DE FRANCIA

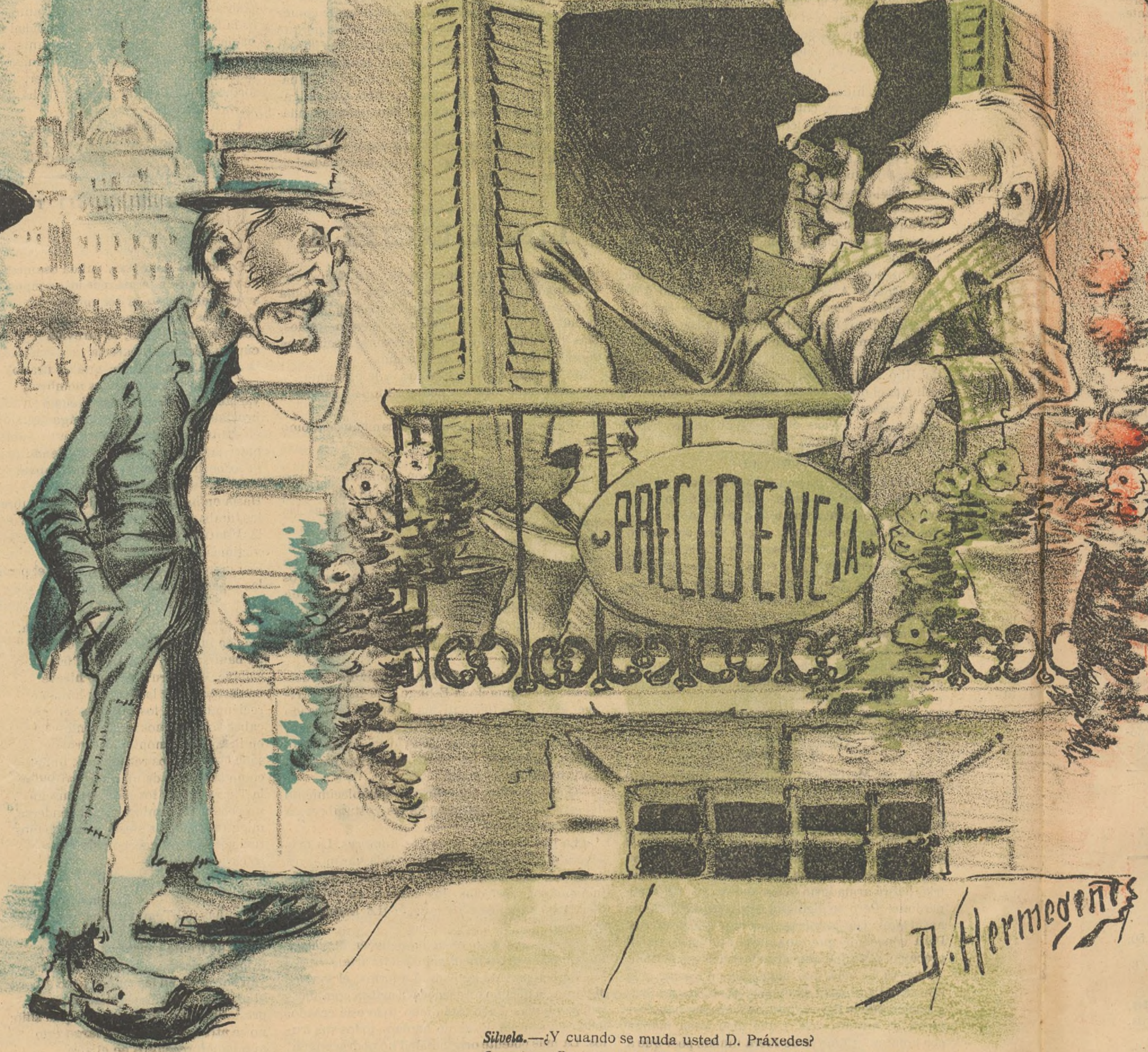
Las últimas declaraciones de Silvela.
¡Mun! ¡Mun!



¡Por algo dijo Dumas que el Africa comenzaba en los Pirineos!



LOS NUESTROS.—LUIS BONAFoux



Silvela.—¿Y cuando se muda usted D. Práxedes?
Sagasta.—¡Pues cuando me eche el casero! ¡Y vá para largo!

Hermegón

llos de duros, que divididos por diez hacen un cuociente de *trescientos cuarenta* millones de reales, que es lo que corresponde á cada año. Esto, sin contar con que los beatos y beatas, aun cuando no son muy generosos, siempre se escurren algo, y menos da una piedra.

Creo que lo dicho bastará para convencer á todos de que en los curas está la salvación del actual conflicto, y de que, parodiando al general Prim cuando decía á sus soldados: señalándoles las mochilas que se hallaban en poder del enemigo: «¡Allí está nuestro honor!», podemos nosotros exclamar, apuntando al clero: «¡Ahí está nuestra marina!»

JOSÉ NAKENS

IOJALA!

—¿Crees que el problema se resolverá á escatazos?
—Quizá no.
—Primeramente es necesario plantear el problema. ¿De qué te quejas?
—Me quejo de la desigualdad.
—Te advierto que las desigualdades sociales, como las de la superficie terrestre, sólo se ven de cerca.
—Pues yo las veo.
—¿Y qué?
—Que hay quien tiene dinero y quien se muere de hambre.
—Tú eres de los últimos.
—De los últimos.
—¿Y qué quieres?
—Pues quiero ser de los primeros.
—Te advierto que hay muchos enfermos ricos sin hijos; ricos engañados por sus esposas, etc. ¿De qué clase quieres ser?
—Lo mismo que soy ahora; pero con dinero.
—Entonces serías el hombre más feliz de la tierra.
—Mejor.
—O no. ¿Qué efecto te producen los ricos?
—Figúrate. Hay ocasiones en que, á serme posible, ocuparía la Puerta del Sol con un montón de cabezas de poderosos.
—Y entre ellos habría algunos desgraciados.
—Puede ser.
—Pues imagínate, si tú fueses lo feliz que deseas, el cariño que te tendrían los que hoy son tus compañeros. Seguramente sería tu cabeza la primera que formase el montón.
—Y harían bien.
—¿Por qué?
—Porque todo rico es un canalla.
—Aunque tú fueses rico?
—Aunque yo fuese rico.
—¿Y quieres ser canalla?
—Sí; porque esos son los que viven bien.
—¿Tú crees que vive bien el que es odiado?
—Bastante le importan los odios ajenos á quien tiene muchas monedas de cinco duros.
—Pues haz tú lo mismo.
—¿El qué?
—No te preocupes de los demás, supuesto que tú tienes salud, familia e inteligencia.
—Es que con lo que yo tengo no me puedo defender de las agresiones de los ricos, y éstos se libran de mis agresiones mediante su dinero.
—¿Es que la justicia se compra con dinero?
—En el mundo todo se compra.
—Menos la vida.
—La salud también se logra con dinero.
—Pero la muerte hay que aceptarla de balde.
—Los ricos van al cementerio en coche.
—Pero van.
—Y los entierran con lujo.
—Pero los entierran.
—Eso sí.
—Pues cuando algún rico te insulte ó te desprecie, vete al cementerio é insulta á todos los difuntos que murieron ricos.
—Yo no hago eso porque tengo respeto á los muertos.
—¿Y á los vivos no?
—A esos, nunca.
—Pues, oye: si los humanos os tratáis de esa manera, aquí no hay más consuelo que morirse.
—¿Suicidándose?
—No. Tú podías matar á un rico y después te ahorcarían á ti. De esta manera se iría acabando la humanidad.
—Pero al final quedaría un hombre.
—Ese no tendría á quien juzgar y se juzgaría á sí mismo.
—¿Y qué?
—No sé. Se desharía el planeta, porque eso no ha ocurrido desde que el mundo es mundo.

SILVERIO LANZA

En defensa de Cataluña.

Y dice *El Evangelio*:
«La situación anormal por que atraviesa el Principado catalán, privado de las garantías que la Constitución concede á los ciudadanos para que sus derechos individuales no sean atropella-

dos por autoridades arbitrarias, ha llegado á los límites de lo intolerable, sin que existan motivos en que fundamentarla, puesto que la ley constitucional exige, para llegar á la suspensión de las garantías, que *peligre la seguridad del Estado*.

Acostumbrados los gobiernos de España á que los ciudadanos sufran paciente y resignadamente las extralimitaciones por aquéllos cometidas, no es de extrañar su conducta. Pero es inexplicable que los ciudadanos, olvidando los derechos que la ley les concede para defenderse de la arbitrariedad y de los atropellos de los gobiernos, no los ejerciten.

España entera debe alzar su voz contra la violación del espíritu y de la letra constitucionales, ya que Cataluña, por el régimen de excepción en que vive no puede hacerlo, teniendo como tiene restringidos todos los medios de imitar el pensamiento, desde la prensa hasta la tribuna, y en suspenso todos sus derechos, desde el de reunión hasta el de asociación.

Los lazos de fraternidad nacional obligan á todos los españoles á defender á los catalanes atropellados, y para ello, contando con el concurso y con la cooperación de valiosos elementos sociales, celebraremos el día 17 de Agosto un mitin nacional y solicitaremos permiso para acudir en pública y solemne manifestación al presidente del Consejo de Ministros, con objeto de hacerle entrega de un acta de protesta encaiminada á conseguir que el gobierno restablezca en Cataluña el imperio del Código fundamental, ya que no existe motivo alguno bastante á excusar el actual estado de cosas.

Dada la importancia del acto proyectado, y que es el primero en España de solidaridad nacional para defender la Constitución del Estado, continuamente escarnecida por los gobernantes, esperamos que enviarán á él sus delegaciones, de presente ó por escrito, todos cuantos representan elementos de vitalidad social, haciendo constar en sus adhesiones el número de individuos á quienes representen.

De acuerdo en absoluto con los generosos proyectos del colega.

Y ya sabe que puede contar con DON QUIJOTE incondicionalmente.

LAS CARTAS

I
Hiende, hija, hiende el brezo, y echa leña; que arda bien el hogar: esta noche tu padre cuando llegue se querrá calentar.
—¿Dios le saque con bien de esta jornada!
—¡Amén, hijita, amén!
Amontona, amontona esa ceniza; que se caliente bien.
—¿Cuántas bestias llevó?—Todas las tuyas llevó y las del Pardal.
—Pues de esta somos ricos... Dos y siete, nueve cargas de sal!
—¿Ricos?... ¡Ay, ojálá! Mas ¿quién lo alcanza con tal contribución?
Nueve cargas de sal á tres y pico, ¿cuántos dineros son?...
II

Así, al calor del fuego, madre é hija se dan á discurrir, mientras por la tronera contra el viento se ve el humo subir. Y de un candil, imagen de la muerte, al débil resplandor, la madre á buscar va en una baraja la suerte de su amor.

III
Alegremente en la de copas—esta soy yo—pensando va; y al dar con las espadas... Serán tropas con fortuna saldrá...
¡Saldrá!... pues no te espantes, ten sosiego, calma, corazón...
Las cartas para el que ama, bien mirado, qué halagadoras son!
Peligros con victoria, el pensamiento en prendas de valer...
¡Luego ya él se salvó y su contrabando!...
¡Quién lo verá correr!
Pero, ¡calla! Tras él, con picardía, cuatro hombres de armas van; desgracia en la vereda... ¡Virgen santa! ¿Qué cosas pasarán!
Mal anda esta baraja. ¡Bah! ¡Mal haya aquél que la inventó!
Siempre pronosticándome la muerte, y siempre me engaño.
¡No lo digo!... Ya llaman á la puerta. Abre, hija, sin tardar; yo, en tanto, el fuego atizaré, y tu padre se podrá calentar.

IV
No mentan las cartas, no mentan! Cuando la niña abrió, crédito dar sus ojos no pudieron á lo que entonces vio. Cogido por los guardas, de regreso de allá de Portugal, entró sobre una bestia, mal herido, el traficante en sal.

M. CARRAS ENRIQUEZ

IDOS PESETAS AL REY!

En España rendimos especial culto á lo rutinario. No podemos pasar con tranquilidad el mes de Noviembre si no vemos enamorar de nuevo á doña Inés y perecer al Comendador en los sótanos

de Donato Jiménez; estamos intranquilos los días que preceden á la Pascua de Resurrección, hasta tener la seguridad de que toreará el Conejito y de lo que piensa el gobernador acerca del importante reglamento taurino, que, según nuestras noticias, acabará por redactarlo la comisión de Códigos, asesorada por *El Barquero* y el *Tío Campanita*; y no podemos terminar decorosamente el año sin que nos preocupe unos días la indispensable partida carlista. ¡Ah! ésta no puede faltar en el balance, y perdone Ferreras si hacemos uso de ese título de su propiedad.

La prensa ha publicado estos días algunos telegramas anunciando un próximo movimiento carlista. Nosotros, en cuanto lo supimos, nos personamos en el *Gran Casino Legitimista*, establecido en la Puerta del Sol, acera del café Oriental, con magníficas luces, y hablamos con varios caracterizados partidarios del pretendiente y con otros que estaban sin caracterizar. El movimiento, según noticias de París, se estrenará en Madrid, y si gusta, en seguida se enviará á provincias. Nuestros informes nos permiten asegurar que el grito de ¡viva D. Carlos y señora! se dará en la Guindalera ó en la Prosperidad, si lo apoya la guarnición de Hortaleta, que según testimonio de los socios del casino de la Puerta del Sol, está comprada. Además, hay muchos depósitos de armas ocultos en algunos merenderos, y hasta cuentan con dos cañones, uno rayado y otro con raya en medio.

Pero, por lo pronto, la otra noche puso dos pesetas al rey un partidario suyo de los más encarnizados, y no vino. Y eso que se daban menores.

WERTHER

Tuvo aquella entrevista el carácter misterioso necesario para toda confidencia. Los dos estaban solos.

El comenzó á hablar alegremente de asuntos sin importancia, y de pronto, poniéndose serio, con voz lúgubre:

—Tengo el presentimiento, Carlota, de morir muy pronto, y de morir de mala manera. Si, créame usted—añadió—, yo voy á tener un fin trágico...

Carlota le interrumpió riendo:

—¿Va usted á casarse?

—No; ya sabe usted que yo no puedo casarme estando usted casada.

El diálogo se hacía difícil. Ambos guardaron silencio.

—¿Conoce usted las obras de Goethe?

—¿Goethe? ¡El autor de *Fausto*!... ¡Hermosa ópera!

Callaron de nuevo. La ignorancia de Carlota—una de tantas mujeres superficiales como pululan por los salones—había disgustado al misero.

—¿Y por qué la pregunta?

—¿Decía usted? ¡Ah, señora! Porque yo voy á morir lo mismo que el protagonista de una de las más hermosas novelas del escritor alemán; lo mismo que Werther. Sin duda no conocerá usted esa historia, ¿verdad?

—No.

—Una historia muy extraña. Un loco, quiero decir, un enamorado, que se suicida... Una esposa fiel hasta la crueldad... Un marido modelo, ó sea un hombre todo lo menos marido posible...

—¿Y qué relación trata usted de establecer entre esos personajes y nosotros?

—Ninguna. A usted no me atrevo á juzgarla; su marido es un marido en toda la extensión de la palabra, y en cuanto á mí...

—Usted se reservará el papel de loco; quiero decir, de enamorado.

Se echó á reír.

—¿Qué romántico es usted!

—Ríase usted todo lo que quiera; pero yo le aseguro que existe una extraña analogía entre mi vida y la vida de ese desventurado Werther. Ambos hemos amado y hemos olvidado más tarde para amar de nuevo. Ambos hemos tenido la desgracia de enamorarnos de mujeres casadas, de mujeres convencidas de su deber, incapaces de anteponer el amor á la honra. Y, por último, para que la semejanza sea absolutamente completa, yo... ¡ah, señora! no se ría usted, hablo con entera sinceridad, tendré el mismo fin que Werther... ¡Me mataré!

Hizo una pausa, una pausa de efecto, y luego, en voz muy baja, como si hablara consigo mismo:

—Sí... el suicidio. ¡La solución de todas las soluciones!

—Amigo mío, ¿qué exagerado es usted, y qué poco razonable!

El no la contestó; llevóse las manos á los ojos y permaneció breve rato en silencio, horriblemente emocionado, sin fuerzas para hablar.

—Perdóneme usted—dijo después, algo más sereno—. ¡Ah! Debo parecerle demasiado ridículo, ¿no es verdad?

—¡Oh, no! No piense usted tal cosa.

Se puso en pie.

—Dispénsame usted si la he molestado.

—Se va usted ya? ¡Hasta cuándo!

El misero sonrió.

—¿Quién sabe! ¡Acaso tiene usted interés en que vuelva?

—Sí... desde luego. Ya sabe usted que le considero como uno de mis mejores amigos.

Y recalcó esta última palabra.

—¡Ah, señora! Si usted quisiera...

—Amigo Werther—contestó ella sonriendo—, no me pida usted imposibles.

—¿De modo que me condena usted?

—Sí; á que sea mi amigo.

Y bajando la voz, en tono confidencial:

—¿No exagera usted su amor? ¿No me miente usted? ¿No se engaña usted á sí mismo?

Fué su respuesta una exclamación:

—¡Señora!

—En ese caso, prométame usted no ser tan romántico y tener un poco de paciencia.

Y tendiéndole graciosamente la mano, en señal de despedida:

—Quiero que me preste usted esa novela.

—¿Werther?

—Sí, deseo saber si existe esa analogía entre usted y ese desgraciado.

—¡Ah! ¡Gracias, Carlota!

—Conque... hasta cuando usted quiera.

Se estrecharon de nuevo las manos.

Dos días después recibió el protagonista de esta historia un ejemplar de la célebre obra de Goethe, acompañado de la siguiente carta, firmada por Carlota:

—... ¡Yo no quiero que tengas el mismo fin que Werther! ¡Ven!

MIGUEL SAWA

LIBROS

Rina ó el ángel de los Alpes. El último beso. La lucha por el amor, novelas de Carolina Invernizio, publicadas por la casa editorial Maucci de Barcelona.

Acabamos de recibir estas tres hermosas novelas de Carolina Invernizio, la genial noveladora italiana, tan popularísima en España y América, por haber sido publicadas algunas de sus interesantes obras en el folletín de los más importantes periódicos.

Maestra en el arte de conmover, sabe la Invernizio herir las más delicadas fibras del sentimiento, y logra arrancar lágrimas á los lectores.

En estas novelas se ponen de relieve excelencias de estilo y de lenguaje; hay en ellas trama é interés que, unidos á una moralidad intachable, han hecho de la Invernizio una de las más apreciadas novelistas actuales.

El que comienza la lectura de estas obras se ve obligado á terminarla para aquietar la ansiedad que producen.

En vista del gran éxito que alcanzan las producciones de esta ilustre escritora, la casa Maucci prepara sus mejores obras, para que sean conocidas en idioma español las más selectas de tan inspirada novelista.

El jardín del amor, por Llanas Aguilaniedo.

Una novela muy extraña, muy estrambótica, muy rara.

Pero que merece leerse.

Precio: dos pesetas.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

No hay que darle vueltas—como dice familiarmente Rodríguez en sus discursos—; no hay mejor negocio que asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*.

Esculpid con letras de oro, ¡oh, artistas!, las siguientes mágicas palabras:

Anís del Mono.

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas é inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETANA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.